

## *Presentación del "Ariel" de José Enrique Rodó en Moscú*

Ciudadanas y ciudadanos:

Con una emoción casi rayana en el sobrecogimiento, ocupo por vez primera en la URSS una tribuna. Creo ser el primer uruguayo que se presenta en este país en actitud de dirigir la palabra al público.

Lamento no poder hacerlo en lengua rusa, que es uno de los más ricos instrumentos de comunicación humana, y lo lamento con la mortificación de quien debe confesar ante todos su propia culpa, pues siento que era mi deber expresarme en el bello idioma de Pushkin, de Tolstoy, de Gorki, para rendir de ese modo un homenaje implícito al alma de este pueblo admirable entre el cual me encuentro y al cual me vinculan ya tantos lazos irrompibles de afecto y comprensión. Si la incapacidad puede servir de circunstancia atenuante, apelo a mi irremisible ineptitud para aprender idiomas y a mi invencible timidez para lanzarme a pronunciar, ante un auditorio selecto, palabras de una lengua que me impone un respeto sagrado, porque a semejanza de un río fabuloso sobre cuyas aguas insondables navegasen naves de maravilla y de encanto, ella conduce sobre el oleaje sonoro de sus vocablos y expresiones, la insumergible flota, gloriosamente empavesadas a través de los siglos, de su formidable literatura.

Estas palabras que pronuncio en mi propio idioma: el español, tienen por objeto acompañar un donativo de libros uruguayos a la Biblioteca Central de Literatura Extranjera, que me ha concedido la hospitalidad de esta sala para que yo pudiese en ella explicarme ante ustedes.

Sólo muy pocos, poquísimos libros, constituyen mi donación por ahora. No pude traer conmigo sino muy pocas obras literarias

del Uruguay. En mis visitas a las principales y por cierto estupendas bibliotecas de Moscú, he podido advertir que la literatura uruguaya, al igual que toda la hispanoamericana, está apenas representada.

Cuando por primera vez visité la Biblioteca de Lenin quise saber si figuraba entre sus diez millones de volúmenes, alguno del más grande prosista de mi país, y uno de los más grandes del habla española, Don José Enrique Rodó.

Con asombro y amargura comprobé que no había ninguna obra del insigne escritor uruguayo, uno de los más claros valores de la América toda. ¡Qué relativa es la inmortalidad de los escritores y cuán limitada es su gloria! pensé... Millones de lectores, de personas cultas y hasta de intelectuales eruditos ignoran en la URSS, y sin duda en todos los países de lengua eslava, que ha existido Rodó.

Había traído en mi valija un único ejemplar de sus obras. Ese pequeño gran libro que es *Ariel*, (muchos son los libros célebres de reducidas proporciones gráficas) y se me ocurrió ofrecérselo a la biblioteca de Moscú. Esta, la de Literaturas Extranjeras, en cuyo fichero no hallé su nombre, me pareció la más indicada para recibir mi obsequio, al que he agregado unos tomos de otros autores uruguayos.

Es una pequeña vanguardia. Arreglaré las cosas de modo que otros libros vengan periódicamente de mi país. Hoy quiero dedicar mi conversación con ustedes a comunicarles una ligera idea de la obra de José Enrique Rodó, y en particular, de *Ariel*, el libro, con el cual lo presento a los lectores de la Biblioteca Internacional de Moscú.

Antes debo, sin embargo, decirles algo del Uruguay en el terreno de su producción literaria.

Es la nuestra una de las repúblicas de América en que la base de su cultura se ha formado con el mayor aporte de diversas culturas, pese a predominar en sus costumbres, en las características y en la idiosincracia de su pueblo los rasgos propios de su ascendencia hispana.

Siendo uno de los países más españoles del continente por el modo de ser de su gente y la preponderancia del elemento español en la composición étnica de su pueblo, es asimismo a causa de su posición geográfica de puerta abierta hacia el Atlántico —por el

que arriban hasta sus playas todas las corrientes de Europa— una de las más cosmopolitas.

Su espíritu es eminentemente latino, y como su población es toda de descendientes de europeos, no existiendo en ella ni indios ni descendientes puros de indios, ni casi tampoco negros, no hay en toda América Latina un país tan europeo.

Los uruguayos no pretendemos conservar intacto el heredado tesoro de la lengua de Cervantes con el celo de casticistas sacerdotes de su pureza, pero tampoco nos complacemos en desfigurarla con el acarreo de voces extrañas y el abuso de torpes neologismos reñidos con el verdadero genio de la lengua, que suelen no ser sino derivaciones groseras de palabras exóticas.

No cultivamos sistemáticamente el americanismo, si bien no nos negamos a admitirlo y aun a crearlo, como un elemento de enriquecimiento del idioma, cuando casa bien con su estructura fundamental y su fonética inconfundible, y trae algo vivo y útil a la mejor expresividad y flexibilidad de la lengua madre.

Ni puristas de academia ni desaforados corruptores del idioma. No rechazamos con horror el galicismo ni el italianismo, ni el criollismo de los medios rurales, pero tampoco les abrimos con ostentación de par en par las puertas de nuestro léxico para que se instalen en él con desenfado y monarquía. Los usamos, los utilizamos como auxiliares humildes que contribuyen, a veces insustituiblemente, a la economía o a la espontaneidad de la expresión en medios donde sólo por la afectación culterana se puede ser absolutamente castizo en el hablar.

Todos los géneros literarios han florecido con fortuna en la tierra uruguaya. De ella ha brotado el mejor poema épico americano en que se inmortaliza al indio, el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, escrito en un español armonioso y correcto entre el cual suenan como flauta los términos guaraníes con que el poeta hace hablar a sus héroes charruás en el laconicismo salvaje de sus escasos medios de expresión.

Uruguayo fué el fundador del teatro rioplatense, teatro que vive con lozana vida en los escenarios de Buenos Aires, la populosa capital argentina, y de Montevideo, la atrayente capital uruguaya, Florencio Sánchez, quien tuvo en el Uruguay continuadores tan vigorosos como Ernesto Herrera, J. P. Bellán, Imhof, Cortinas. En el espléndido despertar lírico que le depuró al continente latinoamericano el modernis-

mo poético, un uruguayo figuró entre los gloriosos paladines de esa renovación, Julio Herrera y Reissig, que ha merecido todavía hace poco la honrosa exaltación de un juicio concienzudamente encomiástico de uno de los más autorizados críticos de la España de nuestros días, Guillermo de Torre.

Fueron y son uruguayas las voces femeninas más persistentes y originales que en los actuales tiempos resonaron en la lengua de Santa Teresa y de Sor Juana de la Cruz: Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, que un día los poetas jóvenes de las 18 repúblicas hispano-americanas decidieron llamar "Juana de América".

Justo es agregar todavía los nombres de María Eugenia Vaz Ferreira, hermana de nuestro filósofo Carlos Vaz Ferreira; Luisa Luisi, ambas extintas, y Sara Ibáñez, que Pablo Neruda, proclamó no hace mucho, con acierto, la mejor poetisa nueva de habla castellana.

Uruguayos fueron Acevedo Díaz, autor de novelas que después de *Tierra Purpúrea* —novela uruguaya escrita en lengua de Shakespeare por Hudson, célebre escritor inglés nacido en la Argentina— eran las que mejor expresaban las características psíquicas y sociales de un medio histórico sudamericano; Javier de Viana, gran pintor de la vida, tipos y costumbres del campo criollo; y Horacio Quiroga, proclamado por la crítica extranjera "El más grande cuentista iberoamericano", como dice textualmente el profesor de la Universidad de California Jhon Croov, prologuista del volumen "Sus mejores cuentos", publicado por la Editorial Cultura de México en la colección de Clásicos de América.

El Uruguay, tan modesto en su relativa pequeñez material, cuenta también entre sus glorias intelectuales la de haber dado a Francia —que es decir el mundo— tres escritores famosos. Uno de ellos es conocido bajo el nombre de Conde de Lautreamont, que dejó en páginas de una extraña belleza la estampa de una de las personalidades literarias más raras y audaces del siglo XIX. El otro es Julio Laforgue, poeta que encabezó con Verlaine, Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé, —compartiendo con ellos una gloria casi pareja— el movimiento de los simbolistas.

Ambos nacieron y pasaron gran parte de su vida en el Uruguay pero escribieron en Francia y sólo en francés.

El otro, el tercero cronológicamente, es Jules Supervielle, una de las más escuchadas voces líricas de Francia de estos últimos quince

años. Todas sus obras en verso y en prosa hasta su drama *Simón Bolívar* —han sido escritas en francés, y muchas de ellas traducidas en el Uruguay al español por amigos y admiradores suyos. Pero no vive alejado de su patria natal. Yo lo dejé en ella cuando me embarqué hace cosa de dos años para la URSS, participando de las inquietudes de la intelectualidad uruguaya y recibiendo de ella el homenaje de su más alto respeto y la unánime admiración. También de su pueblo, pues por esos días se estrenó en un teatro de Montevideo, con mucho éxito de crítica y de público una interesante y novedosa comedia suya, en español.

Ellos tres han vivido y producido en el corazón de la Francia literaria y artística, conviviendo con sus más preclaros representantes, y han podido encender sus espíritus en la llama inmortal del genio francés; pero lo que es más importante, han logrado contribuir en alguna medida, con los propios fulgores de su ingenio creador, al esplendor inmenso y cenital de ese genio magnífico.

Pero muchos otros ha habido que han alcanzado renombre honrando las letras americanas en el idioma que nos legó España "la madre patria" para que fuese un lazo de unión y de compenetración recíproca palpitante y eterno, entre las naciones brotadas de sus entrañas bajo el cielo de América.

No cabe, por razones obvias, en esta conferencia citarlos a todos ni siquiera en una escueta nómina, donde probablemente me olvidaría con injusticia de algunos.

---

Entre ellos, como insuperable maestro de la prosa, sobresale José Enrique Rodó. Los géneros en que desplegó la magia de su estilo fueron la crítica y el ensayo.

Como estilista entró a competir en el medio uruguayo, desde sus primeros trabajos, con los más encumbrados, entre los cuales, para no citar sino a los muertos, el crítico y comediógrafo Samuel Blixen y el novelista y también ensayista Carlos Reyles, serio rival del argentino Larreta como autor de varias novelas de ambiente nacional pero famoso sobre todo por haber escrito una novela de ambiente sevillano, *El Embrujo de Sevilla*, que según Don Miguel de Unamuno es la novela que mejor penetra en el alma de la ciudad andaluza y en la psicología de

su gente apasionada y frívola, alegre y dramática, escéptica y religiosa, desesperada y optimista...

Nació en 1872 y murió joven, a los 45 años, en 1917. Cuando siendo muy joven se dió a conocer en "La Revista Nacional" de la que fué uno de los redactores con Víctor Pérez Petit, notable escritor y crítico de la escuela naturalista, uno de cuyos libros felizmente he traído, y los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, que eran intelectuales destacados, dominaba ya su elevado oficio.

No hizo, como otros, su aprendizaje a la vista del público. Al aparecer, —como se ha dicho— era ya maestro. Sus estudios y artículos, en "La Revista Nacional", que se erigió en alta tribuna intelectual del continente, lo impusieron en seguida a la atención de la intelectualidad americana. Sus primeros libros, dos opúsculos, titulado, uno **La novela nueva** y titulado el otro **El que vendrá**, fueron acogidos con elogio por la crítica del continente y de España.

Luego vino **Ariel**, que le valió el homenaje de los más señeros espíritus de la literatura hispana, o mejor latina, pues no sólo en España y naciones de hispanoamérica, sino en Brasil, Portugal y sobre todo en Francia, suscitó muy favorables comentarios.

Ejerció con brillo y a plena conciencia la cátedra de literatura en la Sección de Enseñanza Secundaria de la Universidad de Montevideo. Tomó parte en la vida política de su patria y pasó por el Parlamento Nacional, durante un período de tres años, pronunciando allí algunos memorables discursos tan profundos de concepto como bellos de forma, pues todas las manifestaciones de su intelecto lucen un eximio decoro formal. Y luego dió a luz **Motivos de Proteo**, que nos lo mostró en toda la plenitud y madurez de su talento de pensador y de su genio de estilista. Con esa obra se coloca en la cumbre de las letras españolas contemporáneas, alternando de igual a igual con los más conspicuos cultores del arte del buen decir y de la facultad olímpica de pensar elevadamente.

Su espíritu nutrido de los mejores frutos de la cultura universal de todos los tiempos, y su gusto formado en la escuela de los grandes modelos de la literatura española, francesa y americana, florece allí en un prodigio permanente de amor a la belleza y de capacidad para realizarla en los trabajos de la mente, en las silenciosas lides del pensamiento escrito y de la serena reflexión.

Es allí donde formula el lema "**Reformarse es vivir**", y todo el libro es una encantadora glosa de esa sentencia, ilustrada con apropiadas referencias históricas y bellísimas parábolas.

La vida es reforma incesante; es marcha, y por consiguiente, desplazamiento y variación. El que no se reforma, el que no cambia al compás de las mutaciones históricas de las cuales depende, queda al margen de la vida, porque no circula con ella.

Proteo es la deidad simbólica de la eterna mutabilidad del Universo y del hombre.

Tres libros más completan su bibliografía, toda ella ilustre: **El Mirador de Próspero**, grueso volumen donde recopiló algunos estudios críticos (breves ensayos, artículos, prólogos, etc.), **Liberalismo y Jacobinismo**, donde reunió los artículos de una polémica sobre tolerancia religiosa, y **El Camino de Paros**, recopilación de las correspondencias que escribió para un diario argentino durante el viaje a Europa, del cual no habría de retornar, pues falleció solo y desconocido en un hotel de Palermo, capital de Sicilia.

Ha dejado algunos ensayos históricos de excepcional valor por la profundidad de su cateo en el estudio de las épocas y medios sociales y políticos, donde se movían los personajes que trata, cuya corpulencia moral nos entrega íntegra en soberanos trazos. Ellos son la monografía sobre Juan María Gutiérrez —eminente escritor y político argentino— y el prólogo sobre Simón Bolívar, del que traza una semblanza definitiva, con toda la eficiencia creadora de un escultor dueño de su arte, cuya estatua fija en rasgos inmutables y decisivos la figura evocada, imponiendo así a los ojos de las generaciones presentes y futuras una imagen imperecedera, eternamente viva por encima de todas las discusiones.

Desde entonces nadie puede intentar darnos idea de lo que fué aquel titánico libertador de América, sin recordar las estelares páginas de ese estudio, que es clásico.

Lamento no haber traído dos obras literarias que eran recientes en mi país cuando yo me alejé de él. Son las que obtuvieron el primero y segundo premio en un concurso municipal sobre **El Ideario de Rodó**. El poeta y profesor de Literatura Roberto Ibáñez, es autor del libro que obtuvo la recompensa máxima; el filósofo Gil Salguero es el autor del otro. Son dos estudios valiosos. Con ellos en la mano podría tras-

mitirles en esta plática lo más esencial y genuino del pensamiento de ese "suave y dulce maestro, todo luz y armonía", como yo mismo dije en su alabanza lírica cuando me tocó rendirle un póstumo homenaje en las páginas recordatorias de la revista "Nosotros" de Buenos Aires.

Para mí no cabe duda que Rodó ha sido, en su tiempo y en su lengua, el más alto representante y cultor de eso que él mismo denominaba "literatura de ideas".

Fué en ese género un gran estimulador intelectual, pues su obra, como la de todos los ensayistas de buena cepa, tiene la virtud de suscitar conceptos, de incitar al gusto por la meditación, de sugerir a cada paso, a cada línea, temas de reflexión y pensamiento para **entrenamiento** del espíritu.

Tiene algo de la almáciga en que el agricultor reúne determinada cantidad de acodos, para después transportarlos a más amplio espacio a fin de que la planta adquiera todo su desarrollo y se transforme en el árbol e integre así, como viviente columna, uno de esos templos oscilantes y rumurosos que son los bosques.

Y no es que su obra sea toda ella originalidad de concepto. Su verdadera y profunda originalidad es la del artista que crea, que encuentra, en sorprendentes hallazgos, formas de expresión personales e inolvidablemente bellas.

Con una sustancia ideológica para la cual no pretendía brevet de invención, pero que era sustancia intelectual suya en cuanto era muy propia de su yo, muy esencia de sí mismo, pues respondía a las tendencias naturales de su persona íntima, a las características de su organización mental, construyó un hermosísimo monumento literario compuesto de pláticas encantadoras en las cuales se ve al pensador con alma de poeta discurrir serena y artísticamente sobre altas cuestiones, gozándose en animar las ideas bajo formas seductoras, y aún más, en identificarlas aparentemente con el atractivo formal, hasta el punto de hacer de las ideas mismas un elemento constitutivo e inseparable de la belleza de la forma.

Tan es así, tal es a este respecto su suprema maestría de escritor, que leyéndolo llega uno a imaginarse que si es bello el modo cómo dice no es sino porque lo que dice es bello.

Eso es efecto, naturalmente de su raro poder de expresión literaria, que constituye el rasgo preponderante de su personalidad.

Porque Rodó, más que un pensador, un meditativo, un hombre lleno de preocupaciones e inquietudes intelectuales, un crítico de ideas y un filósofo sin sistema, que todo ello lo fué en sumo grado, era siempre y por encima de todo un gran literato que desplegaba sus insuperables dotes artísticas en el campo de ciertos problemas morales y espirituales, que unas veces se refieren o aluden a la personalidad individual como en *Motivos de Proteo*, y otros a la personalidad colectiva de naciones enteras, como en *Ariel*.

Una de las páginas medulares de su ideología estética para la conducta personal es aquella bellísima en que nos aconseja "decir las cosas bien".

Es una de las que mejor revelan la preocupación rectora de su conciencia de escritor.

No basta tener razón ni atesorar en el cerebro ideas nobles, altas y fecundas.

Es necesario saber alumbrarlas en un lenguaje adecuado.

Del decoro de la expresión depende la suerte de lo expresado.

No es que una razón mal dicha sea una razón a medias.

Es que las propias ideas exigen, para su prestigio ante los demás, el respeto y la pleitesía de una agradable manera de exteriorizarlas.

He ahí su filosofía en materia de comunicación con los hombres.

La preocupación de hacer eximio arte no le abandona nunca. En todo lo que escribe, sea cual fuere el asunto, se ve siempre una cuidada y castigada estilización.

A veces se desearía un poco de abandono, de descuido. Un aflojamiento en la tensión severa de la bordona, una momentánea blandura en la mordiente vigilancia del cincel.

Pero nunca deja de imponerse a nuestra admiración. Nos envuelve y arrastra en la amable seducción de su estilo, y nos rinde en todo instante con los infalibles recursos de su fina retórica, de un buen gusto ejemplar entre los escritores de habla castellana.

Por lo demás, ha sido fácil a una crítica más o menos erudita rastrear en sus páginas la influencia de sus lecturas preferidas.

Pero tampoco el agricultor que forma su vivero, crea, hace, inventa, las plantas generatrices que han de servirle para nuevas reproducciones, sino que va a buscarlas en otros plantíos en plena pro-

ducción, utilizando sus semillas y a veces limitándose a arrancarles una rama o un gajo para clavarlo a su debido tiempo en la tierra fecunda.

Vivero es, pues, su obra; y bosque también, ya que toda obra literaria tiene siempre en las manifestaciones de la flora su exacto símil, porque todo libro es una floración intelectual donde la palabra luce sus colores y esparce sus perfumes.

Pero el bosque de Rodó no es la multitud desordenada y espontánea, la selva en que los árboles han ido creciendo, al azar, merced a los revoltosos impulsos del viento que arrastra las simientes, sino el parque armonioso, cuidado y limpio, donde el instinto de la simetría y la preocupación del orden, mejor dicho del buen ordenamiento, brillan estéticamente por todas partes.

Y es un bosque amable donde el viento no sopla nunca demasiado impetuosamente ni desordena la cabellera de las copas simétricas, y en el cual es posible hallar las más delicadas perspectivas para la delectación de los ojos y los más recoletos rincones para esa voluptuosidad metafísica del ensueño y de la meditación, que es algo así como un vicio solitario, pero fecundo, de los espíritus selectos.

Puede gozarse allí de la más plácida sombra al amparo de los más nobles y elevados pensamientos.

Recibe uno allí amistosas sugerencias, pudiendo dejarse acariciar por la música y la frescura de claras fuentes cuya linfa es refrigerio del alma, o arrullar por el canto de perfectas voces mientras la mente saborea los dulces y maduros frutos de una sana sabiduría revestida siempre de hermosura y bondad.

Digo de bondad, y es exacto.

Porque así como hay hombres de bien —ha dicho Rodó— hay libros de bien.

La suya es toda ella una obra de bien, porque está hecha con bondad y con sinceridad de pensamiento, que es, según él lo dijera, una virtud todavía más grande que la esperanza.

Esa sinceridad se revela en su desdén por la paradoja —ese truco del pensamiento para dar apariencia de genialidad a las vulgaridades con sólo volverlas del revés— que no se descubre nunca en sus páginas.

Está hecha su obra, y acaso sobre todo, ya lo dije, con belleza; y ya sabemos que para Rodó la belleza es casi una forma de la virtud; más aún, es una virtud en sí misma.

¡La belleza! Ella ha sido la preocupación obsesionante de su alma de escritor.

La ha amado con veneración de creyente e idolatría de fanático.

Le ha atribuido poderes mágicos como factor de elevación de los espíritus.

Y mientras Maeterlinck cree que tiene razón Plotino cuando dice: "Nunca el ojo humano hubiera visto el sol, si primero no hubiese tomado la forma del sol; así el alma no verá la belleza, si primero no es bella a su vez, y todo hombre empezará por hacerse bello y divino para obtener la vista de lo divino y bello"; y del mismo modo, Emerson cree que la percepción de lo bello sólo es sensible a los buenos, él, en cambio, sostiene que la belleza es un camino para acercarnos a la bondad.

La actitud para percibir y sentir lo bello es una de las llaves que abre en el alma de los hombres el cofre donde se encierra el sentido de lo bueno y de lo justo.

Afirma con Sócrates que el alma se cura de ciertas enfermedades por medio de ciertos encantamientos.

Y como el Rafael de Lamartine, no ama sólo la virtud por lo que tiene de santa, sino por lo que tiene de bella.

Pero si puede decirse que todo lo ha considerado desde el punto de vista de la Belleza debe advertirse asimismo, como lo ha hecho Miomandre, juzgándolo con suma penetración, que ese amor no es exclusivo ni ese punto de vista estrecho.

"Está en el extremo opuesto al dilettante trivial —escribió ese crítico francés— al artista atrasado que cierra los ojos a la vida para sumirse en un ensueño artificial con un gesto de desprecio y de separación.

"El recoge, en cambio, todo lo que le propone la vida multiforme y cambiante.

"Y en vez de excluir el arte de la vida quiere infundirlo, por todas partes, como un aliento divino e inmortal".

Vinculó la ética a la estética.

En cierto modo hace de la estética más que una aliada, un elemento y un capítulo de la moral.

Toda su obra es una lección inspirada de moral, porque ésta ha sido una de sus grandes preocupaciones.

Pertenece a esa "raza de escritores a quienes preocupa la cuestión moral", como escribe, refiriéndose a Brunetiére, Francisco García de Calderón en *Maestros de idealismo*.

Y lo encantador en este alto y sereno moralista, es que aliando el sentido moral con el sentimiento de lo bello y proclamando que los de ser contradictorios, armonizan y se complementan, da a su preceptiva de la conducta una luminosidad humana y simpática, reñida en absoluto con la tristeza del ascetismo en que cayeron otros moralistas, así como con la ruda austeridad que él considera contraproducente al fin de proyectar en las conciencias y en los corazones el reflejo de la verdad y del bien.

"No es por cierto el buen gusto —como quería cierto dilettantismo moral —dice en *Ariel*— el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación de error y una vista engañosa".

Y líneas antes, se lee en ese libro esto otro:

"Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia".

"Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y de la verdad".

"La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias".

"La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo, como la más alta poesía".

Su confianza en el poder educativo del arte lo acerca a Guyau, con quien tiene tantos puntos de contacto y a quien tan a menudo cita o recuerda.

El espíritu del joven filósofo francés palpita en sus ideas sobre el alcance y el estímulo cotidiano de la belleza, que es también una especie de obsesiva superstición en Ruskin.

"El argumento del apóstol traidor —escribe en "*Ariel*"— ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la Cabeza del Maestro es todavía una de los fórmulas del sentido común".

"La superioridad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios".

"Si acaso la respeta es como a un culto esotérico, y, sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno encierra —según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller— la virtualidad de una cultura más extensa y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma".

Y más adelante agrega:

"Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno".

Y como todo lo que se refiere a la moral irradia proyecciones sociales, este concepto suyo de la belleza en cuanto vehículo supremo y hasta como determinante de inspiraciones e inclinaciones morales, confiere a su obra un sentido social discutible, pero innegablemente elevado.

Hay sin duda excesiva generosidad para con la virtualidad moralizadora del arte en el concepto de Rodó, porque no parece probado que la capacidad para sentir la belleza haga por sí sola más buenos a los hombres, así como la difusión del sentido de lo bello no es causa necesaria e infalible de la elevación moral de las sociedades, sino simplemente integrante de ella, pues la pureza de las costumbres y la bondad del corazón son, sí, compatibles con la capacidad para los elevados goces estéticos, pero no emanan forzosamente de esta capacidad.

Hagámosle a Rodó —eso sí— la justicia de reconocer que limita prudentemente su estetismo cuando dice:

"No le señalaremos (al buen gusto) como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero".

Se diría que supone el mundo moral regido por una norma de necesidad estética y como dependiendo de la aptitud para lo bello,

hasta el punto de no concebir el progreso humano sino con un contenido de creciente capacitación espiritual para prescribir la moral con un criterio estético, y para ver y sentir la "belleza" o la "fealdad" de las acciones morales.

"A medida que la humanidad avance —dice— se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta".

"Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía".

"Cuando la serenidad estoica de Kant inspira simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía y soñé que la vida es belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso".

Estamos en plena identificación platónica de lo bueno con lo bello.

El punto de vista de la estética domina casi su concepción del proceso moral de la vida humana, tanto en el individuo como en la sociedad.

Se diría que todo el panorama de las relaciones espirituales del mundo gira, para él, bajo una ley superior de gravitación cósmica cuyo centro es la sensibilidad estética.

No debe confundirse, sin embargo, su credo moral con el de Nietzsche, que no era, por cierto, santo de su devoción. El no reduce como el filósofo alemán la moral a la estética para someter el destino del hombre a normas ajenas a su razón y a su conciencia científica e histórica.

Y mientras el filósofo de **Así hablaba Zaratustra** funde la moral en la estética para despojar a aquella de responsabilidades humanas ante los más nobles fines de la humanidad, Rodó hace de la estética un resorte de la moral para que la belleza y el arte queden consustanciados con esos fines, sin poder divorciarse de ellos.

El no abomina, como Nietzsche, del racionalismo de Descartes porque conduzca al imperio de la "Diosa Razón", ni de la dialéctica de Sócrates porque "debilita al contrincante", que no tiene razón...

El no quiere poner frente a la dialéctica el instinto, ni frente a la razón el Arte; y lejos de definir la "estética como filosofía aplica-

da", la eleva a la categoría de una de las más puras emociones del espíritu.

Reclama la educación integral del hombre y abre en ella ancha plaza a la cultivación del sentido de lo bello, aspirando a ver orientada la enseñanza y la cultura preferentemente en la dirección de ideales desinteresados y sentimientos generosos.

Su ración contra la educación utilitaria corresponde, por otra parte, a su actitud filosófica, moral y política contra el utilitarismo.

Poniéndonos él mismo en guardia contra los falsos extremos a que podría conducirnos la exageración de su tesis sobre la eficacia moralizadora del arte, nos recuerda que hubo épocas de la historia en que se rindió culto fervoroso a la belleza sin que esto impidiese que los actos de los hombres cultos y la relajación de las costumbres acusasen un generalizado menosprecio del bien y de los sanos principios de la conducta.

Evoca el Renacimiento. Es, naturalmente, un renacentista, y no puede ser muy severo con esa edad de oro del espíritu humano, que junto con las luces deslumbradoras a que los hombres abrieran entonces los ojos volviéndolos al encanto inmarcesible de las formas divinas exaltadas por el genio de la antigüedad clásica —y en este terreno fuerza es reconocerle a la belleza una virtud acaso más fecunda que la de inducir el ánimo a la bondad— entraban en el alma humana la duda —el gran fermento filosófico— el amor a la naturaleza y la vida —gran revolucionario de costumbres e instituciones— y el espíritu de la libertad, que habría de flamear dos siglos más tarde en las teas incendiarias de la Revolución.

---

Pero hablemos especialmente de **Ariel**.

Es un libro de juventud; y es también un mensaje a la juventud de América, a quien se dedica en su portada.

El título es el nombre de un personaje fantástico de Shakespeare. El autor dice en su introducción:

"**Ariel**, genio del aire, representa en el simbolismo de la obra de Shakespeare la parte noble y alada del espíritu. **Ariel** es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción; la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la

inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Caliban, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida”.

En ese introito nos explica que Próspero, “el viejo y venerado maestro”, a quien daban ese nombre por alusión al sabio mago de *La Tempestad* de Shakespeare, había reunido a sus discípulos para despedirse de ellos al terminar un año de tareas.

Su última lección del año fué esa alocución que es toda ella una inspirada exhortación a empujar el espíritu con toda su poesía de ensueño, de ideal, de desinterés y de esperanza, sobre la basta prosa del utilitarismo sin horizontes y del materialismo sin ideales.

La parte que dedica a exponer las ideas de su filosofía política —que son las de un republicano de tipo girondino— puede ser objetada en varios puntos.

Sus unilaterales prevenciones contra el **Jacobinismo** lo conducen a atribuir a la desconfianza y el desagrado que Comte, Renán, Taine, Carlyle, Nietzsche sienten ante “la invasión de las cumbres por la multitud” una función de “inspección severa del espíritu humano” para defenderlo de “la concepción de la igualdad que —son sus palabras— sugirió los delirios de la Revolución”.

Pero su verdadero anhelo en el seno de una sociedad injusta es el de “una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la **heroicidad** (en el sentido de Carlyle) y del pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia”, anhelo que él sentía vibrar por todos lados y que, vaticinaba, “constituirá uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo (escribía en los postreros días del siglo XIX), propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero”, el que estamos viviendo.

“El espíritu de la democracia —añade— es esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse.

“Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de la forma histórica actual han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y fecundo”.

Y se detiene a refutar el **aristocraticismo** de Renán, que condena el principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos,

considerándola irremisiblemente divorciada de todo posible dominio de la superioridad intelectual.

Juzga desacertado e injusto “desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aún no terminada no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección”, y concluye:

“La democracia y la ciencia son las instituciones soportes sobre las que nuestra civilización descansa”, y en vez de preconizar como Renán “la destrucción de la igualdad democrática” para alcanzar una consagración más positiva de todas las superioridades morales, él opina que “sólo cabe pensar en la educación de la democracia y su reforma”

El quiere que el pueblo adquiriera, educándose, la noción de las superioridades verdaderas y practique “el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano”.

Es claramente partidario de la igualdad de posibilidades, que entiende no impide acordar a las superioridades morales —a los que todos tienen el derecho de aspirar — los reconocimientos necesarios al progreso humano integral.

Coincide así con cuantos entendemos que la igualdad de derechos verdadera no se opone, sino que hace posible y garantiza la verdadera selección natural.

Aboga, finalmente, “por la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las reales superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres— reciba su autoridad y su prestigio de la libertad y descienda sobre la multitud en la efusión bienhechora del amor”.

**Ariel** es el alegato de un filósofo de la acción idealista y del pensamiento con alas en pro de una civilización humanista y espiritual opuesta a esa otra civilización ruda y manual que, inspirándose en un enjuto concepto practicista de la vida, triunfaba sobre aquélla, amenazando desalojarla por completo de las esferas directivas del espíritu de la humanidad, a empujones de un progreso mecánico sin alma (como el muñeco de la parábola de Heine) y de una absorbente preocupación crematística.

Ese libro apareció en un momento histórico que no podía menos de formarle una como caja de resonancia en el espíritu hispano.

España acababa de perder sus mejores colonias: Cuba, Filipinas, Puerto Rico en una guerra con Estados Unidos de América del Norte que había despertado en las nuevas generaciones de América y del mundo una flamante admiración por la patria de Franklin y de Jéfferson, y puso de moda las formas de la actividad yanki y el concepto de una grandeza histórica a base del predominio de los fines de utilidad práctica sobre los otros fines de la vida humana.

La derrota de España había sido interpretada por muchos como la evidencia de que nuevos valores entraban en el mundo con un sentido de realización desconocido para el quijotismo de los descendientes del Cid, cuyo sepulcro quería Joaquín Costa cerrar bajo siete llaves.

Una nación de mercaderes y de fabricantes había desalojado fácilmente de sus tierras de conquista a una nación de héroes románticos e imaginativos. Bastaba eso para que surgiese la boga de las tendencias practicistas y utilitarias en todos los órdenes de la vida colectiva, sobre todo en América hispana, que padecía el mal ancestral y crónico de la incuria heredada del indio contemplativo y del español arrogante, imbuído de un insensato desprecio por el trabajo productor.

El ánimo del pensamiento español pareció abrumado un instante por el dictamen universal que prefería ver en la derrota, más que el fracaso de una desacertada y rutinaria dirección social y política de la nación desventurada, la comprobación de que las razones de la decadencia española radicaban en la esencia misma del genio histórico ante el cual se alzaba, avasallador, el de un pueblo evolutivo y moderno como si fuese el genio propio de una nueva edad de la historia humana.

Y he ahí que en ese momento, mientras el mundo parecía encandilado por el tipo de esa civilización victoriosa que había hallado su patria más efectiva en la poderosa república del dólar —Calibania, que dijera Rubén Darío—, se escuchó con cierto asombro, pero con mayor deleite, una voz armoniosa que desde un rincón de América del Sur amonestaba al genio triunfante y levantaba, frente a él, con las pulidas frases de Próspero, el lábaro perdurable del espíritu helénico; de la acción desinteresada; del "ocio noble" de los griegos; del entu-

siasmo generoso; de la razón esclarecida y esclarecedora; del amor a la belleza y al bien por el bien y la belleza mismos.

Alarmado ante la invasión arrolladora de lo que pudo denominarse el norteamericanismo, escribe:

"Si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa nación va realizando entre nosotros una especie de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizás, en el de las muchedumbres, fascinables para la impresión de la victoria. Y de admirarle se pasa por una transición facilísima a imitarla".

No quiere que se deslatinice a Latinoamérica. Advierte con disgusto que "la visión de una América deslatinizada por la propia voluntad, sin la extensión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchas almas sinceras interesadas por nuestro porvenir".

"Tenemos nuestra nordomanía", exclama. Y afirma: "Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno".

Frente a esa tendencia a una imitación que desnaturalizaría el genio propio de las nacionalidades latinoamericanas, entona un himno a la herencia espiritual de la raza latina.

No admite que se despoje a las naciones latinas de la América de los atributos más característicos de la latinidad para adaptarlos a los modos de vida y a la psicología del vigoroso pueblo de la América del Norte.

"América necesita mantener —dice— en el presente, la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios."

No predica una oposición, una pugna exclusivista de la influencia de una raza por otra. Lo que reclama es la "reciprocidad de sus in-

fluencias" y "el atinado concierto de los atributos en que se fundó la gloria de los dos".

Rodó no cierra los ojos ante las sólidas y altas virtudes de los americanos del Norte. "Desconocer sus defectos —dice Próspero— no me parecería tan insensato como negar sus cualidades".

Las páginas que consagra a loar esas cualidades son de las más inspiradas que brotaron de su pluma.

Aunque no les amo, exclama Próspero, después de haber cantado con bellísimas frases las glorias y los rasgos salientes de los anglo-americanos, les admiro.

"Los admiro en primer término por su formidable capacidad de querer, y me inclino ante la escuela de voluntad y de trabajo que ellos han instituido.

"Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan el instrumento precioso de la voluntad, y obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar las energías de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre.

"Su genio podría definirse como el universo de los **dinamistas, la fuerza en movimiento**. Tienen ante todo y sobre todo la capacidad del entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia, toda ella, es el arrebató de una actividad viril. Su personaje representativo se llama **Yo quiero...** Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energías que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material."

Pero a continuación del amplio elogio que depone como una corona de laurel en la cabeza de ese pueblo, se pregunta:

"¿Realiza aquella sociedad o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? Esa febriciente inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene

un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?"

Su respuesta es negativa.

"La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una concepción del destino humano."

Así respondía el Próspero de Rodó a quienes en su tiempo, cegados por el esplendor de la grandeza angloamericana, la erigían en una luz de orientación y enseñanza excluyente de luces más serenas encendidas en otros horizontes.

El pensamiento español se sintió vengado. ¡Y era un descendiente de la madre Patria, un hispano de América, quien venía a tenderle la mano para que encontrase, elevándose sobre su posteración momentánea, la postura adecuada para recoger y aprovechar la lección de la historia!

Un gran escritor de la época lo reconoció así, saludando a Ariel como el heraldó de una corriente del espíritu americano que salía al encuentro del mercantilismo yanqui, como de todo otro mercantilismo, para ofrecerle combate en el alma del continente.

Leopoldo Alas, el ilustre Clarín, la más autorizada voz de la crítica literaria española de su tiempo, tributó amplios honores al libro del joven pensador uruguayo.

Ariel fué una de las primeras y más fecundas semillas ideológicas de todo aquel movimiento latinoamericano de contención de la influencia yanqui, el cual, como reacción contra la política imperialista de los gobiernos de los Estados Unidos y contra la expansión económica duramente explotadora de su capitalismo industrial y financiero manejado desde Wall Street, se concretó después en las actividades de la Liga Latinoamericana fundada por José Ingenieros, y en el antiimperialismo yanqui que antes de la guerra constituía una posición obligada de todas las fuerzas populares y avanzadas del continente.

Campaña era ésa que, por su espíritu, podía despertar —y despertaba— eco simpático en el pensamiento de muchos ciudadanos de la patria de Emerson y Walt Whitman, porque no iba contra el pueblo norteamericano —dotado de ejemplares virtudes (ésas que Rodó elocuentemente reconoce, y que le valieron el aprecio de Marx y luego

de Lenin y de Stalin)— ni contra el alma misma de su nación admirable, sino contra una corriente de su vida social y política, contra ciertas fuerzas de abrumadora gravitación sobre sus destinos.

Queda, pues, **Ariel** en el firmamento de la literatura americana como una estrella orientadora, una de esas estrellas cuya vibración en las remotas alturas “se asemeja, como lo dijo el maestro, al movimiento de las manos de un sembrador”.

No podía faltar, por tanto, ese libro en las bibliotecas de Moscú.